

## Tabaré

La calle estaba humedecida por la lluvia que no había dejado de caer desde la noche anterior, el olor a tierra mojada acompañaba a los autos cuando pasaban mientras el más triste carnaval se desarrollaba en barrio Huenca. Los colores de las guirnaldas colgadas parecían apagarse cada vez más y se diluían con el barro de la esquina. En ese mismo lugar, doña Tata les gritaba a sus nietos que volvieran, ya era tarde y el peligro se dispersaba como el viento.

—Gurise' gurise' vengan pa' la casa, ya está tarde y se van a enferma'.

— Tatita, déjenos jugar un ratito más, que a la noche toca la Murguita del Sur en el tablado y no hay alma que no vaya.

La abuela abrió su paraguas floreado y en un segundo de las orejas los hizo entrar. El calor del hogar ayudó a enrojecer aún más las mejillas de los niños que con el rostro sucio de tanto juego le imploraban que los dejara ir al concierto que por meses habían esperado. En la casa no sobraba como para irse unos días más allá de la ruta 63, entonces toda la alegría del verano se reducía a ese fin de semana. Entre los corsos y las comparsas. Pero al final no hubo caso, terminaron los dos lamentándose tapados hasta las narices y los ronquidos de la Tata confundiendo con el bramido del Ford Falcon verde modelo '73 que iba y venía por la cuadra atemorizando a toda la cantegrill. Los militares estaban vestidos de civil con lentes oscuros y en el estéreo un locutor anunciaba los números de la suerte. A la cabeza el 47, el muerto.

El Taba, como lo habían apodado, era un joven alto con contextura mediana con un corazón gigante. No había persona más comprometida con el barrio que él, los ayudaba a los chicos con las tareas, les enseñaba guitarra y acompañaba a la gente más anciana al dispensario. Pero como no lo iba a hacer cuando todos lo habían visto crecer y lo habían ayudado tanto. Él sentía que no le alcanzaría la vida para agradecerles.

Pero la situación del país lo atormentaba cada vez más. Habían intervenido la UdelaR, cerrado la carrera que cursaba y empezaba a tener miedo. Miedo de salir, leer, militar, hablar, miedo hasta incluso de ayudar.

Tabaré esa noche estaba inquieto, tenía unos libros que llevar al centro vecinal para enterrarlos debajo del quebracho flojo. Iba a provechar que todos estaban en el festejo para no levantar sospechas porque estaba seguro de que había llegado su hora y por los menos quería dejar sus pertenencias más valiosas en algún lado donde la ley no las pudiera sacar. Quizás en algún momento alguien lo desenterraría y lo buscarían a él. Pero debía pensar en el ahora, Huenca lo necesitaba y él debía mantenerse fuerte por su gente. Mientras guardaba *El Capital*<sup>1</sup> en su valija se reía imaginando qué le robarían cuando se lo llevaran: la caldera, quizás, aunque estaba muy quemada o los championes que le había regalado doña Tata para su cumpleaños, porque en verdad no quedaba nada más de valor ahí. Para apaciguar la espera salió al patio a refrescarse con la brisa húmeda y la noche llena de nubarrones casi naranjas. Armando su primer cigarrillo escuchó que lo llamaban del otro lado de la medianera “¡Taba!, ¡Taba!”, “¡La Tata no nos deja ir al tablado!”. Con sus voces se asomaron sus pequeños rostros y de un salto ya estaban los dos hermanos en el jardín.

---

<sup>1</sup> Libro escrito por Karl Marx publicado en 1867. Prohibido en el periodo de la última dictadura cívico-militar.

Sus suplicas no le dejaron otra opción que acompañarlos, así que tomando la maleta y las manos de los chicos dijo al aire “No se preocupe Tata, yo los cuido” Si todo iba como lo planeado a las doce más tardar estarían ya durmiendo.

Entonces partieron los tres emocionados hacia el tablado, donde un mar de personas festejaba con sus rostros pintados y disfraces de colores. El concierto era fiesta pura, relucientes banderines adornaban el lugar y la serpentina volaba por todas partes, aunque el cielo se cayera afuera, el miedo los consumiera y no hubiera para comer en sus mesas. Todos los vecinos se reunían en las coplas de la murguita para festejar que seguían vivos y que estaban juntos. En el camino los chicos se distraían con las piedras, tarareando o preguntándole de todo al joven.

“Taba, cuando llueve ¿llueve en todo el mundo?”

“Taba, ¿por qué hablamos cómo hablamos?”

“Taba, ¿a dónde se termina el río?”

“Taba, ¿quién inventó el carnaval?”

“Taba, ¿qué llevas ahí?”

Él se ría y con mucha paciencia contestaba, les conto que lo que llevaba eran unos libros de un amigo que se llamaba Carlos, que se preocupaba por los pobres y por la gente que trabajaba en las fábricas, pero como a los militares no les gustaba eso, los iba a guardar en un lugar en donde estuviesen seguros. Los gurises entendieron y pidieron conocerlo algún día.

Entre la charla llegaron a la puerta donde Tabaré les pidió que entraran, él dejaba la valija y regresaba. Se despidieron con un abrazo fuerte, como si con sus brazos pudiesen expresar todo el cariño que se tenían. Les revolvió el pelo y les recomendó que se portaran bien, él ya volvía e iban a cantar alguna canción juntos.

Después todo sucedió muy rápido, en la esquina lo estaba esperando el mal en cuatro ruedas y de él bajaron tres militares, lo redujeron, golpearon y no hubo resistencia que alcanzase para que no se lo llevaran. Antes de que lo tabicaran, el Taba dio un último vistazo a su Huenca natal, solo el futuro sabía lo que le depararía.

Desde la tablada un gurí lo había salido a saludar cuando lo vio todo, sin dudar un segundo lo buscó a su hermano y llorando volvieron a su casa.

“¡Tatita, Tatita se lo llevaron a Tabaré, Tatita!”

*Ma. Victoria Gorostiaga*